

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



www.loqueleo.com/ec

© 2022, Hans Behr Martínez

© De esta edición:

2023, Santillana S. A.

Vía a Nayón y Av. Simón Bolívar

Centro Corporativo Ekopark, torre 5, piso 5

Teléfono: 335 0356

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador



ISBN: 978-9942-31-587-8

Derechos de autor: 063389

Impreso en Ecuador por Imprenta Don Bosco

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Agosto 2022

Segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2023

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Coordinación editorial: Gabriela Tamariz

Edición: Gabriela Tamariz

Ilustración: Paola Karolys y Gabriel Karolys

Fotografía: Getty Images y Wikimedia Commons

Corrección de estilo: Andrea Carrillo Andrade

Diagramación: Luis Guerra

Autoría de actividades: Paulina Simon

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

En medio de la guerra

Hans Behr

promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

loqueleq



Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



*A María Lorena, Jeannette y Jeannine,
esposa, madre y hermana,
maestras de toda una vida...
Que existan más maestros
y menos soldados.*



Índice



Una noche en Cracovia	11
Mi enemigo amigo	39
Un milagro fuera de serie	63
Referencias bibliográficas	79
Biografía	81
Cuaderno de análisis	83



Una noche en Cracovia

Muestra
promocional
*Relato inspirado en la historia
de Edith Zierer y Karol Wojtyła,
futuro papa Juan Pablo II*

© Santillana

La pequeña Edith era una experta en eso de encontrar los rincones más profundos para esconderse (aunque aquella práctica, la de esconderse al apuro, le había costado romperse un colmillo). Se lo debía a la guerra y a la cocinera de la fábrica donde trabajaba, la señora Elvira, una viejita tan arrugada y diminuta como las brujas que aparecen dibujadas en los cuentos.

11

La señora Elvira, que admiraba a Edith por sus brazos largos y ojos grandes, siempre le aconsejaba cariñosamente:

—Querida, no podrás volar con esos brazos bellos, pero usa tus ojos. Lo primero, vayas donde vayas o estés donde estés, date cuenta de cuál es el mejor sitio para ocultarte, sobre todo cuando aparezcan los soldados. Asegúrate de eso. Uno nunca sabe cuándo habrá que hacerlo... y debes hacerlo rápido.

¡Cuánta verdad había en sus palabras! Los soldados se presentaban en cualquier momento y, cuando la pequeña escuchaba sus pesadas botas acercándose (lo que quería decir «peligro»), se obligaba a actuar de inmediato y se acomodaba en un sitio donde sabía que no sería descubierta.

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana



Edith ubicaba de memoria varios escondrijos maravillosos, a los que acudía con Zacia, su muñeca de trapo, que vestía un traje azul de cuadros, rasgado y sucio. Según el lugar donde estuviese, la pequeña sabía que podía correr hacia al pozo de agua (donde tenía que sumergirse y aguantar la respiración), las montañas de heno que servían como alimento para los burros y los caballos (donde debía contener las ganas de estornudar), las cortinas gruesas que cubrían las ventanas, el reducido espacio que se encontraba al levantar un viejo tablón del piso (allí había acontecido el accidente del colmillo) o incluso hacia el barril de desperdicios (donde se veía obligada a taparse la nariz y del que salía tan sucia que después tenía que bañarse, además de desvestir a Zacia y lavarla durante horas para que se le quitara el mal olor).

13

Todo valía, aunque desconfiaba del baúl de madera de la azotea, ya que temía que la tapa se cerrara por completo y no pudiera levantarla. Recordaba la terrible historia de un anciano al que le había ocurrido aquel percance y había muerto asfixiado.

—La virtud de una buena guarida —le repetía la señora Elvira, hasta antes de que se la llevaran, una mañana nublada— es que no llame la atención, que estés segura y puedas salir cuando te plazca.

Y por esos motivos, llámense ocultamientos o camuflajes, esa noche Edith estaba en una esquina recóndita



de la estación ferroviaria. ¿Cómo había llegado hasta allí? Quién sabe. Ella recordaba su camino a medias, como si parte del trayecto hubiese viajado dormida. Y, efectivamente, así había sido debido a su debilidad y a la fiebre que devoraba su cuerpo.

Al principio, la pequeña avanzó con un grupo de prisioneros bajo la lluvia durante un largo trayecto (por nada del mundo había querido quedarse atrás) y se ocultó en unos galpones. Allí la acogió una familia, pero pronto empezaron sus problemas de salud. El padre y la madre de tres pequeños se turnaban para cargarla, sin embargo, como sus fuerzas disminuían, la dejaron a su suerte.

—Así no te podemos ayudar, pequeña. Nos retrasas. Espero que tengas suerte. Lo lamento —le dijo aquel señor del que solo recordaba sus bigotes gruesos y la boina oscura.

Llevaba allí, sentada en la estación, dos horas. O tres. No podía decirlo con exactitud. Había mucha gente en los pasillos, moviéndose de un lado a otro, esperando con ansias la llegada del tren. Además, afuera nevaba ligeramente, lo que hacía que el tiempo pareciera estancado.

Tampoco tenía a dónde ir.

Cuando empezó la guerra y los soldados enemigos invadieron su ciudad, Cracovia, fue separada de sus padres.

Eso Edith lo recordaba bien. Todo había empezado con malas noticias y rumores. En su apartamento, en el segundo piso de un pequeño edificio en el centro de la ciudad, su

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana



padre leía el diario por las mañanas en voz alta junto a la ventana. Mencionaba que «los nazis esto y aquello» y que «nuestro ejército no tendrá la fuerza para detenerlos». La preocupación de su madre era evidente. Y, aunque su padre trataba de tranquilizarla, ella lloraba en las noches. Edith la oía con claridad. Sus lágrimas y sollozos viajaban hasta su dormitorio, como las notas musicales del señor que tocaba el violín en el piso de arriba.

16

Dos meses después, cuando los nazis invadieron el país, casi sin resistencia, aparecieron las normas. Ellos, los judíos, solo podían salir a ciertas horas y, si lo hacían, debían llevar una estrella amarilla en sus ropas para ser identificados. De esa forma, se les negaban diversiones que antes eran comunes, como ir a la piscina o reunirse en familia y hacer un pícnic en el parque. Además, los obligaban a comprar solo en determinados lugares y cosas por el estilo, algunas crueles, como la prohibición de usar bicicletas.

Los rumores eran peores:

—¿Supiste que los Graff fueron sacados de su casa durante la noche? —susurró un día su madre, como si temiera ser escuchada—. Fui a visitarlos. Les llevaba un pastel y no encontré a nadie en casa. El dueño de la pescadería me lo contó.

—El señor Borowski, el de la panadería, ya no nos quiso vender. Porque somos judíos, dijo. No quiere meterse en problemas —continuó su padre—. Le pregunté cuáles problemas y no quiso responderme.

Después de unas semanas, cuando la situación era casi insostenible (les aconsejaban no asomarse siquiera a los

balcones), su padre guardó un largo silencio en la sala con las manos en la cintura. Pensaba y pensaba y, a veces, se agarraba la frente. Luego se sentó en la mesa y habló con marcada angustia, abriendo los ojos de tal manera que Edith pensó que iban a salirse de las órbitas:

—Zerek Kostchy, el papá de Sofía, la compañerita de escuela de Edith, me comentó que encontró un lugar para escondernos. Él trabaja para los nazis. A su fábrica de ropa la han convertido en un taller donde elaboran uniformes para los soldados, pero no está de acuerdo con ellos. Muchos no lo están. Me dice que, por lo menos, deberíamos ocultar a nuestra hija antes que las cosas vayan más lejos. Tiene un amigo, un sacerdote católico, que está dispuesto a ayudarnos, que ya lo ha hecho con algunas personas.

Pero su madre dudó.

—¿Un sacerdote católico? Nosotros somos judíos.

—Lo sé —recalcó su padre—, pero estamos hablando de sobrevivir. En su iglesia hay un sótano donde ha ocultado a veinte personas, la mayoría niños. Aún hay cabida para nuestra hija.

—No quiero que la separen de nosotros.

—Yo tampoco, pero no hay opción. Alguien, esa parte no me quedó bien clara, los está sacando del país de uno en uno.

—Pero... ¿qué será de ella? ¿A dónde la llevarán? ¿Tendremos noticias suyas?

—Amor, quiero que entiendas que no se puede hablar tanto. Ya era un riesgo que me vean a mí, un judío, conversando con el señor Kostchy.

Y fue debido a esas dudas que permanecieron en la casa esa noche. Quizás su futuro habría sido distinto si no hubieran dudado porque en la madrugada llegaron los soldados.

Inesperadamente, se escuchó un fuerte golpe, lo que les indicó que la puerta de ingreso al edificio había sido derribada. Decenas de botas pesadas subieron las escaleras haciendo retumbar la casa entera.

Trac, trac, trac, pum.

Tocaron la puerta y, cuando su padre la abrió, le dijeron que tenían dos minutos para salir del apartamento y presentarse en la calle. Solo les permitieron sacar algunas cosas personales.

En ese momento, Edith salvó a su amiga y confidente, Zacia, que entonces era una muñeca hermosa, nueva y olía a fresas. Sus padres lograron introducir en una maleta poca ropa y un par de cobijas. Su madre también guardó un prendedor de plata con la imagen de la estrella de David y un grupo de personas que cruzaban el desierto. Ella le había dicho un día a Edith que en aquel grupo se hallaba Moisés, el patriarca, y que el resto eran los israelitas que confiaban en Dios. Su madre tenía mucho afecto por aquel broche.

En la calle, con el frío que sintieron y sin decir palabra, apenas lograron mantenerse unidos porque, en un santiamén, en medio de gritos, empujones y órdenes, los soldados los obligaron a subir a unos camiones que olían al aceite que se echaba en las bisagras de las puertas para que no rechinaran. Así, los llevaron a unos barrios, conocidos como guetos, que estaban separados de la ciudad por



muros y alambres de púas. Allí vivirían un tiempo. Era un lugar solo para judíos, aunque también había un pequeño grupo de gitanos.

A Edith y sus padres los recluyeron con tres familias en una pequeña habitación. Eran, en total, diecisiete personas. Junto a ellos estaba Jonás, el señor que tocaba el violín en el piso de arriba. Recién allí, Edith descubrió cómo se llamaba y se arrepintió de no haberlo conocido antes porque parecía buena persona. Era mayor, un poco callado. Vestía ropas andrajosas y oscuras (quizás por el apuro con el que lo sacaron), una gran barba blanca bajaba de su quijada y en su mirada se reflejaba el miedo, como si fuera un perro extraviado. Sin embargo, cuando lo animaban para que tocara, aquel miedo se le iba disipando, como cuando la bruma desaparece con el sol en lo alto. Y asomaba una sonrisa mezclada con esperanza. Y la esperanza los cubría a todos, o al menos así lo creía la pequeña.

Lo que más odiaba Edith eran los turnos para ir al baño, que era un hueco sucio y pestilente donde solo había una lavacara con algo de agua. Una eternidad era la espera. Usualmente su madre la acompañaba. Entonces, pensaba mucho en su casa, en la comodidad que tenían, pese a que no eran ricos. Y extrañaba su cama, el olor de su ropa y el de las sábanas, el pan horneado de las tardes, el sofá de la sala (que ella ocupaba cuando no estaba su padre) y los cuadros de la pared.

Para pasar el tiempo, Edith evocaba con cariño esos cuadros. Eran tres y mostraban el mismo paisaje de árboles y hojas de colores desde diversos ángulos. «O tal vez



Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Sam...ana

eran tres paisajes distintos», se cuestionó y cayó en cuenta de que era una pregunta que siempre quiso hacer a su madre, pero, por una u otra razón, la olvidaba. En ese momento, en cambio, no era oportuno formularla. Sabía que, si la hacía, ambas llorarían, por lo que mejor era quedarse callada.

Por las mañanas, los soldados los obligaban a hacer fila para recibir su ración de comida: dos cucharadas de sopa rancia y algo de fréjoles. A veces, un trozo de pan, lo que le valía a Edith para que su estómago aguantara hasta el otro día. Por las tardes, su madre trabajaba junto con otras mujeres en el taller de zapatería y ella, con el grupo de niños, se ocupaba en una pequeña fábrica de cepillos de limpieza. Su padre hacía otras labores. Él no quería hablar de ello. Seguramente eran trabajos forzados porque la pequeña lo veía muy cansado y sucio al llegar de noche. Era el que tomaba el último turno del baño, acaso para asearse un poco y que su cuerpo no despidiera malos olores.

En el taller de cepillos, pasaban las horas introduciendo fibras en los agujeros de piezas de madera. Como debían trabajar en parejas, Edith hizo amistad con una niña llamada Sonia, dos años mayor y con un par de trenzas en su cabeza. Era muy cordial y alegre, pese a las circunstancias en que vivían. Fue ella la que le dio un par de recomendaciones muy acertadas.

La primera era que, así sintiese mal, no mostrara debilidad, puesto que los enfermos eran sacados del gueto, dizque para llevarlos al hospital, pero nunca regresaban.

Y la segunda: «Vive el día, nada más. No llores por lo que quedó atrás ni pienses en qué ocurrirá mañana. Solo de esa forma el tiempo pasará sin que te des cuenta».

Y así lo trató de hacer Edith. Después de unos meses, una mañana hubo una gran agitación en el sector en que vivían (eran cuatro o cinco manzanas donde quizás había unas quinientas personas o más). Llegaron muchos soldados y plantaron varios camiones en los extremos de las calles. Y, nuevamente, a empujones y golpes (y uno que otro disparo) separaron a los hombres de las mujeres. Los niños conformaban el tercer grupo.

22

Luego, empezaron a llevárselos. Primero embarcaron a aquellos que estaban viejos o enfermos (con ellos se fue el señor del violín, sin su violín); después, a aquellos que estaban jóvenes y fuertes y aún podían trabajar (en ese grupo se fueron sus padres).

Finalmente, se fueron los pequeños.

Jamás en su vida Edith había experimentado dolor tan grande.

De eso, hacía ya tres años. No sabía qué suerte habían corrido sus padres, si estaban vivos o no. Tampoco supo más de Sonia, su amiga. A ella, en cambio, «por sus dedos largos y delgados», según mencionó un oficial que revisaba las manos de los prisioneros, la enviaron a la fábrica de municiones porque aquellos deditos servían para llenar mejor los cartuchos militares con esa pólvora negra y apestosa.

Sí, tener dedos largos y delgados le había salvado la vida.

La guerra había llegado a su fin.

Pero no los problemas para Edith.

No se escuchaban bombardeos, lo que antes era muy común, y el ejército invasor había abandonado la ciudad (aunque aseguraban que varios destacamentos enemigos merodeaban los alrededores). Las calles eran recorridas por muchos prisioneros de los campos de concentración que deambulaban con sus uniformes rayados. Unos buscaban comida, eso era lo principal; otros preguntaban por sus familiares mientras mostraban fotos sucias y arrugadas.

Cientos de prisioneros, como esos insectos que se encuentran bajo los troncos carcomidos, aguardaban en la estación, donde se decía que vendrían a rescatarlos. Edith estaba entre ellos, pero en condiciones deplorables. ¿Cuánto hacía que no comía? Se respondió que hacía demasiado tiempo.

Una señora de la fábrica de municiones la reconoció mientras estaba sentada en una vereda. Fue la última persona que la socorrió. Estuvo con ella durante los últimos días, pero la había dejado allí, pues ya ni siquiera podía caminar. Le dijo que tuviese ánimo, que ya vendrían los soldados de la liberación a rescatarla. Y que esperara con calma, que ella regresaría con alimentos. No volvió a aparecer. Quizás le había ocurrido algo. Quizás no. Lo más seguro era que decidiera seguir su camino sola. Edith no la culpaba. En el fondo de su alma, una gran tristeza le había roto los sueños.

